

El romance «Río Verde, Río Verde»: cuatro siglos de tradición ignorada

MAXIMIANO TRAPERO

1. UN «DESCUBRIMIENTO» SENSACIONAL

Entre los riquísimos materiales romancísticos que recogimos en la isla de La Gomera¹ destaca uno con luz propia. El siguiente:

Sobre ti, Peña Mermeja murió gran caballería,
2 murieron curas y condes y mucha gente moría,
murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
4 murió aquel que va juyendo por un ramonal p'arriba.
—Espérame, Sabedera, que yo bien te conocía:
6 conozco a tu padre y madre y a tu hermana Doña Elvira,
semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
8 comí contigo en la mesa de cinco veces arriba.—
Sabedera de que vido que el moro le conocía
10 arrimó espuela al caballo y a los pies del moro iba.
Riñó el hombre con el moro y Sabedera vencía
12 y le da dos puñaladas con un puñal que él tenía;
va recogiendo la sangre en una tinaja antigua
14 y desde lo vido muerto en su caballo lo ensilla.
A las doce de la noche antes que viniera el día
16 arrimó espuela al caballo que al par del viento corría,
arrimó espuela al caballo y en el monte se metía.
18 Sabedera se metió por un jayal que él sabía,
que no le ven las estrellas ni los que van a Sevilla.
20 El mira para el caballo los relinchos que tenía
él mira para el caballo los temblores que le vía.
22 Tres días van con sus noches que bocado no comía;
haya verde echa al caballo que cebada no tenía,

¹ Las encuestas las realizamos en el verano de 1983 en los días 23 al 27 de julio y 18 al 24 de agosto. Los encuestadores fuimos mi mujer, Elena Hernández Casañas, y yo, acompañados durante los días 20 y 21 de agosto por Lothar Siemens Hernández.

- 24 el caballo con la jambre hayas verdes le comía,
 él cuando le daba jambre carne del moro comía,
 26 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.
 Fuese un día a tomar agua a una fuente que él sabía,
 28 allá lo ataron los moros de viaje para Sevilla.
 Se le ajuntaron los moros que el barquillo le rendían.
 30 De allí pegan a reñir cosa fuerte y cosa viva:
 a veinticinco degüella, la sangre por las rodillas,
 32 la sangre por las rodillas las heridas divertían,
 y demuestra Sabedera su fuerza y su valentía.
 34 Si no es un morillo viejo que se le arrimó a una esquina,
 le disparó la pistola que en el suelo lo tendía
 35 Y allí murió Sabedera, allí acabó con su vida:
 allí murió Sabedera, la flor de caballería.

La historia y proceso del hallazgo y reconstrucción de este texto, por ser ilustrativos de la extrema precariedad en la que vive por lo general la tradición oral moderna, la cuento con detalle en otro lugar.² Baste decir aquí que el texto anterior, tal cual aquí se presenta, es fruto de una búsqueda trabajosísima hasta dar con el transmisor adecuado y, ya con él, de múltiples entrevistas que fueron sacando poco a poco a la luz los versos que lo componen. En otras palabras: el texto anterior es transmisión oral de un único informante, Alonso Medina Medina, de 59 años, natural de Los Aceviños (ay. Hermigua) y residente en Benchijigua (ay. San Sebastián), el único cantor tradicional de La Gomera que pudo reconstruir para nosotros el romance completo y posiblemente el único del mundo que sea capaz de actualizarlo después de haberlo recibido por tradición oral. Porque informantes en La Gomera que puedan dar noticia de este romance los hay, aunque pocos, pero ninguno excepto Alonso Medina que lo sepa entero. Sencillamente el último cantor de este romance tradicional. El romance se conocía en la literatura clásica española con el nombre de *Río Verde*, *Río Verde* o *Romance de Sayavedra*.

2. UN ROMANCE DESCONOCIDO EN LA TRADICIÓN MODERNA

Con 45 años de intervalo entre ambos, Menéndez Pidal había dedicado dos estudios a este romance precisamente con el título *Río Verde, Río Verde* el primero³ y con el de *El romance «Río Verde, Río Verde», sus versiones varias* el segundo,⁴ y se había servido de él varias veces para ilustrar algunos aspectos teóricos de su

2 Maximiano Traperó, «En busca del romance perdido: «Río Verde, Río Verde», en RDTP, XLI (1986), pp. 59-86.

3 R. Menéndez Pidal, «Río Verde, Río Verde», *Rev. de Filol. Esp.*, II (1915), reeditado en *Estudios sobre el Romancero*, Obras Completas de R. Menéndez Pidal, XI, Madrid, Espasa Calpe, 1973, pp. 155-163. Cit. *Río Verde, Río Verde*.

4 R. Menéndez Pidal, «El romance 'Río Verde, Río Verde', sus versiones varias», *Ibid.*, pp. 465-488. Cit. *El romance Río Verde*.

magistral *Romancero Hispánico*.⁵ Pero nunca mencionó su pervivencia en la tradición oral moderna. A lo que parecía, se trataba de un romance definitivamente perdido para la vida oral. Más tarde, Samuel G. Armistead, al catalogar todos los romances judeo-españoles existentes en el Archivo Menéndez Pidal,⁶ lo recogía y catalogaba con el nº C6 en una única versión recogida por M. Manrique de Lara, en Rodas, en 1911⁷ y contaminando otras versiones de *Las cabezas de los Infantes de Lara*⁸ y de *El Huerco y el navegante*.⁹ Pero lo que recogió Manrique de Lara y sirvió como entrada al *Cat. Ind.* de Armistead, no era más que un solo verso:

Cayeron duques y condes y yentes de gran valida

que parece indudable del romance *Río Verde* pero cuya procedencia como romance independiente en la tradición oral sefardita es más que dudosa. Y, últimamente, Diego Catalán y sus colaboradores del Seminario Menéndez Pidal, lo incluyen en su magna obra *Catálogo General del Romancero*,¹⁰ pero no como romance autónomo, puesto que no había ninguna documentación para ello, sino como segmento incorporado a otros romances, concretamente a *Muerte del duque de Gandía*, *Valdovinos suspira* y *La Condesita*.¹¹ Con todo, el discurso que pervive de *Río Verde* incorporado a estos romances es mínimo:

Río Verde, Río Verde, Río Verde y amarillo
 mahu como l'azeite y preto como a la tinta.
 En las sus tierras ajenas cayó gran cavallería,
 cayeron duques y condes señores d'un gran valido.
 (*Muerte del duque de Gandía*. Monastir, Yugoslavia)

y

Río Tinto, Río Tinto, como la cinta morada.
 (*La Condesita*. Burgos)

Así pues, lo recogido en un pueblecito de La Gomera el día 19 de agosto de 1983, significaba un hallazgo sensacional, un verdadero «descubrimiento» en la historia del romancero oral moderno. Se constataba el hecho de que, aunque fuese sólo en

5 R. Menéndez Pidal, *Romancero Hispánico*, I y II, Madrid, Espasa Calpe, 2ª ed., 1968, apart. III, 6; IV, nota 30; VIII, 6; XI, 3; XIV, 7 y XVII, 1.

6 Samuel G. Armistead (et al.), *El Romancero judeo-español en el Archivo Menéndez Pidal (Catálogo-índice de romances y canciones)*, 3 vols., Madrid, 1978. Cit. *Cat. Ind.*

7 *Ibidem*, I, pp. 159-160.

8 *Ibidem*, I, A2, 1-5, 7, 9.

9 *Ibidem*, II, V3.3.

10 Diego Catalán (et al.), *El Romancero Pan-Hispánico. Catálogo General Descriptivo*, Madrid, Seminario Menéndez Pidal, Ed. Gredos, 1983, vol. II, nº 49.

11 Y en *Addenda* (vol. III, p. 586) se añade que incorporado también a *Hermana reina y cautiva*, según versión recogida en Urueñas, Segovia, en 1982.

un rincón perdido de una isla atlántica, quizás la más apartada y marginada de las Canarias, una vida que había estado oculta durante cuatro siglos aparecía ahora, como guadiana, para asombro de cuantos habían pronosticado su muerte.

3. LOS TEXTOS ANTIGUOS DEL ROMANCE

La escasa documentación que del romance *Río Verde* tenemos en la tradición moderna, parece paralela a la también escasa que hubo en la tradición antigua. No es éste, pues, un romance afortunado en documentación si lo comparamos con otros de su misma época y estilo. Y sin embargo el romance debió ser muy popular y por lo tanto estar muy difundido. A esta conclusión llega Menéndez Pidal al estudiar las grandes diferencias que existen entre las tres versiones antiguas que conocemos.¹²

1ª versión. La recogida hacia 1547 por Martín Nucio en su *Cancionero de Romances*¹³ y reproducida en sus ediciones posteriores,¹⁴ igualmente reproducida en la *Silva de Romances* de Zaragoza¹⁵ y en la *Primavera* de Wolf con el nº 96.¹⁶ Además, se conserva en dos pliegos sueltos del XVI:¹⁷ en el primero se recoge la versión completa y pertenece a la Biblioteca de The Hispanic Society of America, New York, y en el segundo, perteneciente a la Universidad de Praga, aunque se anuncia el título del romance, falta por completo el texto al estar fragmentario el pliego.¹⁸ Presumiblemente el pliego de New York es de h. 1530, anterior, por tanto, al *Cancionero* de Martín Nucio, y fuente indudable para éste.¹⁹

2ª versión. La publicada por Pérez de Hita al final de su *Guerras civiles de Granada* (1595)²⁰ y recogida también en la *Primavera* de Wolf con el nº 96a. Pérez de Hita confunde y mezcla, sin embargo, dos personajes y dos hechos históricos distintos: Juan de Saavedra, protagonista del romance *Río Verde*, y Alonso de Aguilar, protagonista de otro romance, no menos famoso, que empieza «Estando el rey don Fernando» (*Prim.* 95). Y así, en el texto que recoge en su libro, mezcla las dos historias y los dos personajes como si de dos compañeros de armas y de batalla se tratara. Claro que tal confusión no es personal de Pérez de Hita, sino de la tradición popular. Dice el autor después de poner el romance de la muerte de Alonso de Aguilar:

12 *El romance Río Verde*, p. 486.

13 Amberes, s.a., fol. 174. Cit. *Canc. s.a.*

14 En las siguientes: S. L. Miles, 1550, fol. CLXXXIII; Amberes, 1550, fol. 182 y Lisboa, 1581, fol. 244. Vid. *Cancionero de Romances*, ed. de Rodríguez-Moñino, Madrid, Castalia, 1967.

15 *Silva de Romances* (Zaragoza 1550-1551), ed. de Rodríguez-Moñino, Zaragoza, 1970.

16 Fernando José Wolf y Conrado Hofmann, *Primavera y flor de romances* (Berlín, 1856), ed. de Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, VIII, 2ª ed., Santander, 1945. Cit. *Prim.*

17 G. Piacentini, *Ensayo de una bibliografía analítica del romancero antiguo*, (I, *Los pliegos sueltos*), Giardini Editori, Pisa, 1981, p. 100.

18 Ambos pliegos están recogidos y descritos por Rodríguez-Moñino en su *Diccionario de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)*, Madrid, Castalia, 1970, con los nº 695 y 696, respectivamente.

19 Vid. Menéndez Pidal, *El romance Río Verde*, p. 476.

20 Ginés Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, Primera Parte, Madrid, D.M. Rivadeneyra, BAE, III, 1849, p. 588.

Este fin lastimoso tuvo don Alonso de Aguilar: ahora sobre su muerte hay discordia entre los poetas que sobre esta historia han escrito romances, porque uno dice que esta batalla y otra de cristianos fué en la Sierra-Nevada; otro poeta que hizo el romance del río Verde, dice que fué la batalla en Sierra-Bermeja. No sé cual elija: el lector puede hacer esta elección, pues importa poco que muriera en una parte ó en otra, que todo se llama Alpujarra; aunque me parece que la batalla dicha pasó en Sierra-Bermeja.²¹

Con lo cual, lo referido a Saavedra en su versión del romance *Río Verde* va de los vv. 1 a 18 y lo referido a don Alonso de Aguilar de los vv. 19 a 31 en que acaba el romance.

Pero el que la versión de Pérez de Hita —la parte dedicada a Saavedra— sea 140 años posterior a los sucesos que narra, no implica que sea menos auténtica o menos verdadera que la del *Canc. s.a.* por ser medio siglo anterior, como parece indicar Menéndez Pidal en el primero de sus artículos.²² Es más, la persecución del renegado a Saavedra en esta versión de Pérez de Hita (vv. 6-12) parece tan tradicional y tan auténtica como cualquier otro episodio del romance, aunque no figure este episodio en la versión más antigua. Además, nunca podríamos decir cuál de las dos versiones es anterior, pues suponiendo que el romance se formase a raíz de los acontecimientos, es decir, en los años inmediatamente próximos a 1448,²³ la popularidad que llegó a tener el romance y las sucesivas reelaboraciones a que fue sometido en la tradición oral, pudieron afectar tanto a una versión como a otra.

3ª versión. La publicada también por Pérez de Hita, en su libro, a continuación de la primera. Pero a diferencia de aquella, ésta no tiene nada de tradicional: se trata de una reelaboración personal de un autor culto —probablemente el propio Pérez de Hita— que se introduce con las siguientes palabras:

Teniendo noticia algunos poetas que la muerte de don Alonso de Aguilar fué en Sierra-Bermeja, alumbrados de los cronistas reales, habiendo visto el romance pasado [se refiere a la primera versión de *Río Verde*] no faltó un poeta que hizo otro nuevo.²⁴

En esta segunda versión del romance *Río Verde* se vuelven a mezclar los nombres y los hechos diferentes de Saavedra y de Alonso de Aguilar, pero no ya de forma sucesiva, por contaminación de añadido, como ocurría en la versión anterior, sino aglutinados en unos mismos episodios, lo que significa ya la mezcla total. Así, por ejemplo, ya desde el v. 7 se nos anuncia que en la batalla murieron Ordiales, Saavedra y don Alonso, y se continúa después con los relatos de cada uno por separado. Pero, además, se cambia la asonancia *-áa* y su lenguaje se llena de rasgos afectados, cultismos, y adjetivos atributivos («la dura espada», «ondas cristalinas», «roja sangre», «eterna fama ganada», etc.) tan ajenos al estilo del romancero tradicional.

21 *Ibidem*, p. 588.

22 *Río Verde, Río Verde*, pp. 161-162.

23 Menéndez Pidal, *El romance Río Verde*, p. 482.

24 Pérez de Hita, *Guerras civiles de Granada*, p. 588.

A pesar de ello fue recogida también por Wolf en su *Primavera* con el nº 96b sin tener ninguno de los méritos que tan prestigiosa colección hubiera requerido.

Pero al margen de estas tres versiones completas, existen otras referencias que hablan de la gran popularidad del romance hasta convertir alguno de sus versos en frases proverbiales. Así, el de «Sayavedra con gran saña» (documentado en 1473, veinticinco años después de los hechos que dieron origen al romance). Así, también, cuando Lope de Vega pone en boca de un molinero de su comedia *San Isidro Labrador* dos versos que implican otra versión bien distinta a las conocidas:

Río Verde, Río Verde más negro vas que la tinta
de sangre de los cristianos que no de la morería.²⁵

4. UN ROMANCE HISTÓRICO

Menéndez Pidal en sus dos artículos citados sobre el romance *Río Verde* demuestra la absoluta historicidad de los hechos narrados en el mismo, en contra de la opinión de quienes niegan todo valor testimonial a la literatura tradicional. Resume: «El 10 de marzo de 1448 Juan de Saavedra y Ordiales, al frente de las milicias de Sevilla, fueron desbaratados al entrar en el reino moro de Granada, siendo muerto Ordiales (o Urdiales) y quedando cautivo Saavedra. Este Saavedra era un caballero andaluz que en 1433, siendo alcaide de Jimena de la Frontera (al sur de Sevilla) conquistó de moros el pueblo de Castelar (entre el campo de Gibraltar y Jimena); desde Castelar, como punto de apoyo, es de suponer que habría hecho antes varias entradas por el sur de la vecina Sierra Bermeja, que era entonces la parte más occidental del reino de Granada».²⁶ Las fuentes históricas en las que se apoya el maestro son muy variadas y van desde unas coplas que el sastre poeta Antón de Montoro escribió a raíz del suceso²⁷ hasta la *Crónica del Halconero* (1450)²⁸ pasando por alusiones minúsculas de otros autores más o menos contemporáneos a los hechos como Fernando de la Torre en su *Libro de las veinte cartas e quistiones* (1449)²⁹ o Diego Rodríguez de Almela en su *Compilación de las batallas campales que son contenidas en las estorias escolásticas e de España* (1481), inédita aún ésta.

Ahora bien, como el mismo Pidal indica, el descalabro de las huestes de Saavedra y de Ordiales, que tuvo una gran resonancia en el momento inmediatamente posterior al suceso, se desvaneció pronto, y produjo una ausencia en la historiografía posterior, y un confusiónismo grande de los hechos y personajes protagonistas, como tendremos ocasión de comprobar con los textos. Por ejemplo, en las dos versiones publicadas por Pérez de Hita más de siglo y medio después de ocurridos los hechos, se incluye como protagonista de la escaramuza, junto a Saavedra y Ordiales, a don Alonso de Aguilar, el famoso hermano mayor del aún más famoso Gran Ca-

25. Vid. Menéndez Pidal, *El romance Río Verde*, pp. 480-482.

26. *Ibidem*, pp. 465-466.

27. *Cancionero de Antón de Montoro*, publ. por E. Cotarelo y Mori, Madrid, 1900.

28. *Crónica del Halconero de Juan II, Pedro Carrillo de Huete*, publ. Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1946.

29. *Cancionero y Obras en prosa de Fernando de la Torre*, publ. por A. Paz y Meliá, Dresden, 1907.

pitán Gonzalo de Córdoba. Pero lo cierto es que don Alonso de Aguilar murió medio siglo después de la batalla de Sierra Bermeja que se nos narra en el romance *Río Verde* y que, aunque a él también se le dedicó un romance, Pérez de Hita y la tradición oral los confundieron y aglutinaron en uno solo, haciendo a ambos protagonistas contemporáneos y compañeros de armas. Más aún: en el fondo, el verdadero protagonista en las dos versiones de *Río Verde* de Pérez de Hita —más en la segunda— es don Alonso de Aguilar. Por último, en la versión más antigua del romance, la recogida en el *Canc. s.a.*, se dice que ambos protagonistas, Ordiales y Saavedra, mueren: Ordiales en la batalla, Saavedra una vez hecho prisionero. Pero lo cierto es que Saavedra no murió en cautiverio, sino que fue rescatado años después y siguió gobernando su pueblo de Castelar.³⁰

5. LA TRADICIÓN MODERNA EN COMPARACIÓN A LA ANTIGUA

Al decir tradición moderna, nos referimos con exclusividad a la de La Gomera, ya que los pocos versos de la tradición sefardí no constituyen, de por sí, tradición alguna. Y por otra parte, de los textos antiguos sólo consideramos tradicionales las versiones 96 y 96a de *Prim.*, es decir, la versión del *Canc. s.a.* y la primera de *Guerras civiles de Granada* pero no la segunda (*Prim.* 96b) ya que, como hemos dicho, ésta es una reelaboración culta del propio Pérez de Hita o de algún otro poeta. Sin embargo, y con todas las reservas, la tendremos en cuenta, no tanto por el discurso lingüístico, como por el relato de los hechos históricos que se interpretan en él.

Claro que en un caso como el presente no podemos cumplir con esa regla de oro en los estudios del romancero tradicional, de acumular el mayor número de versiones posibles para que sus variantes puedan dar respuesta a cuantos interrogantes plantean las versiones más antiguas y, por ello, presumiblemente más fidedignas de los hechos que narran, tratándose, sobre todo, de romances de tipo histórico como el que nos ocupa. Pero no siempre han de tomarse estas consideraciones al pie de la letra. Los estudios sobre el romancero han demostrado cómo las versiones modernas de un romance histórico reproducen, con una exactitud asombrosa, detalles de hechos ocurridos hace cuatro siglos, o más, cuando de entonces ningún texto romancístico escrito nos ha quedado para compararlo. Este es, por ejemplo, el caso conocidísimo del romance sobre la *Muerte del Príncipe don Juan*.

En el caso concreto del romance de Saavedra, la versión de *Prim.* 96, con ser la más antigua, no hay por qué considerarla la más fidedigna ni mucho menos la más verdadera. El ser la más antigua no significa otra cosa que ser la primera que se imprimió o, en todo caso, la primera de las que se imprimieron que ha llegado a nosotros. Pero si se recogió y se imprimió en el *Canc. s.a.* no fue por otra cosa que por ser ya un texto tradicional, es decir, un texto popularizado que circulaba en variantes. Pérez de Hita dice que era un «romance muy antiguo» cuando lo in-

30 Este punto significa una modificación en la opinión primera de Menéndez Pidal, que creía en la veracidad del romance, después de las puntualizaciones historiográficas de Seco de Lucena. Vid. Menéndez Pidal, *El romance Río Verde*, pp. 478-488.

cluyó en su obra. Y como tal texto tradicional tan imperfecto —o tan perfecto— como puedan serlo el de *Prim.* 96a o los que nosotros acabamos de recoger en 1983 en la isla de La Gomera. Es decir, todos ellos —incluido el del *Canc. s.a.*— redacciones posibles de un modelo que por su propia naturaleza es potencialmente infinito en su variabilidad. Un romance, en feliz expresión de Diego Catalán, es un poema sin texto, o sea, un «modelo» que se puede manifestar en mil formas de discurso, tantas como usuarios tenga el poema. Pero existe, claro, una sucesión de secuencias de fábula que identifican las varias versiones de un romance como variaciones de un mismo tema y no como varios romances distintos. Lo que sí ocurre es que cada versión, cada tiempo histórico en el que vive el romance, cada comunidad de usuarios de ese poema patrimonial, tiene una lectura distinta. Y aunque simplemente sea a nivel gráfico, puede verse, a continuación, la distinta atención que los hechos contenidos en el romance *Río Verde* han merecido a los usuarios de cada una de las versiones conocidas. Y puede verse, además, la extensión de discurso que merece a cada una de ellas las secuencias del romance o, incluso, la ausencia total de una o de varias secuencias señaladas con los números de los versos correspondientes:

<i>Secuencias</i>	<i>Prim. 96</i>	<i>96a</i>	<i>96b</i>	<i>Gomera</i>
a) Exordio	1	1	1-2	
b) Desastre de los cristianos en la batalla	2	2-3	3-6	1-4
c) Muerte de Ordiales	3a	4	8	
d) Huida de Saavedra	3b	5	9-10	4
e) Persecución del renegado		6-12	11-18	5-8
f) Saavedra se enfrenta y mata al renegado		13-16	19-22	9-14
g) Escondite de Saavedra	4-6			15-26
h) Reparición de Saavedra y cerco que le hacen los moros	7-10	17	23	27-28
i) Saavedra es hecho cautivo	11-12			28-29
j) Diálogo de Saavedra y el rey moro	13-34			
k) Saavedra se defiende de sus cautivadores		35		30-35
l) Muerte de Saavedra	36	18	24	4,35-37
ll) Cont. con don Alonso de Aguilar		19-31	7,25-33	

Lo primero que salta a la vista es el extremado paralelismo entre las dos versiones de las *Guerras civiles de Granada* (96a y 96b), lo que muestra claramente que la reelaboración de 96b se hace sobre el modelo de 96a (presencia y ausencia de unas mismas secuencias, un mismo orden narratológico, contaminación final con el romance de don Alonso de Aguilar, mayor interés en la secuencia de la persecución del renegado, si bien la 96b se detiene más en la descripción ponderativa del desastre de los cristianos en la batalla). Por su parte, la versión de *Prim.* 96 desconoce la secuencia de la persecución del renegado y, por contra, contiene otra que falta en las demás y en la que se centra toda la tensión dramática de su lectura: el diálogo que se entabla entre el rey moro y Saavedra y la defensa que éste hace de su fe cristiana, aun a costa de su vida. Por último, la tradición gomera significa una síntesis de ambas lecturas (la de *Canc. s.a.* frente a las de *Guerras civiles de Granada*), es la más completa en la narración de episodios y llega a su máximo dramatismo, con

la mayor extensión en el discurso, en la secuencia del escondite de Saavedra. Pero examinemos el romance secuencia por secuencia:

a) *Exordio*. Aquí el exordio inicial sirve de ubicación geográfica exacta al lugar en que van a desarrollarse los hechos del romance. El río Verde corre al Mediterráneo desde la próxima Sierra Bermeja, en la actual provincia de Málaga y muy cerca de Marbella. Y es ahí, entre el río y la sierra, donde va a tener lugar la batalla de tan desastrosos resultados para las tropas cristianas que se enfrentan a los moros en las ya casi postrimerías de la guerra de Granada. Pero, además, el verso inicial, en forma de apóstrofe, cumple la función de anticipar el desenlace al identificar metafóricamente el nombre propio del río con el color de la sangre. Tanto uno como otro:

1 ¡Río Verde, Río Verde, más negro vas que la tinta! (*Prim.* 96)

1 ¡Río Verde, Río Verde! tinto vas en sangre viva; (*Prim.* 96a)

e incluso los conservados en la tradición moderna (los únicos del romance):

Río Verde, Río Verde, Río Verde y amarillo
mahu como l'azeite y preto como a la tinta (Monastir, Yugoslavia)

Río Tinto, Río Tinto, como la cinta morada (Burgos)

no son sino expresiones variantes de una misma imagen poética: las aguas del río Verde corren tintas de la sangre que llevan como consecuencia de la gran matanza de cristianos. Es esa visión trágica del romancero fronterizo «que lleva a conmemorar los desastres con mucho mayor interés que los éxitos».³¹

El que este verso inicial falte en la tradición gomera es hasta cierto punto lógico: en la geografía de las Canarias el río es una realidad tan exótica como inexistente, por lo que al no cumplir ninguna función referencial se perdió de la memoria colectiva de los isleños.

b) *Desastre de los cristianos en la batalla*. Al faltar el verso del exordio, es lógico que las versiones gomeras empiecen por situar la batalla, casi en la misma forma que las antiguas:

2 Entre ti y Sierra Bermeja murió gran caballería (*Prim.* 96 y 96a)

1 Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería (Gomera)

(La mención a Sierra Bermeja falta en *Prim.* 96b). Es decir, en las versiones que tienen exordio, el desastre se produce entre la sierra y el río, y en las de La Gomera, que no lo tienen, en la misma sierra. Por lo demás, la sierra es también un accidente extraño a la orografía de La Gomera, por lo que se sustituye por «Peña» que sí es término de uso local; y «Mermeja» por confusión fonética.

31 Menéndez Pidal, *Rom. Hisp.*, II, pp. 6-7.

Pero las versiones gomeras están más cerca en este punto de las versiones de Pérez de Hita que de la de Martín Nucio, no sólo en la extensión que el discurso presta a la secuencia (1 verso en *Prim.* 96, 2 en *Prim.* 96a, 4 en *Prim.* 96b y 4 en Gomera), extensión que por lo demás no necesita de mayor ponderación, pues ya el verso primero, el exordio, ha elevado el acontecimiento a una magnitud trágica inigualable, sino en las especificaciones que se hacen de los protagonistas de la batalla. En los textos antiguos se da a entender, aunque no se especifique, que el desastre de la batalla lo fue tan sólo para las tropas del bando cristiano, cosa que, por si quedaba alguna duda, se dice rotundamente en el verso que Lope de Vega pone en la boca de su molinero.

de sangre de los cristianos que no de la morería.

Sin embargo, en la tradición gomera, el desastre de la batalla alcanza también, aunque en distinta medida, a las tropas moriscas:

2 murieron curas y condes y mucha gente moría

Ese «curas y condes» de la versión gomera no debe ser otra cosa que deformación de «duques y condes» de las versiones de Pérez de Hita (v. 3 de 96a y v. 5 de 96b), pero que faltan en *Prim.* 96 y que hacen pensar a Menéndez Pidal en la antihistoricidad y en la no tradicionalidad de ese verso.³² En lo de antihistórico, es decir, en que en esa batalla no muriesen «duques y condes» razones documentales parece tener el maestro, pero en lo de la no tradicionalidad del verso ya vemos que se equivoca porque ha llegado hasta hoy, seguramente, por vía muy parecida a la que llegó a Pérez de Hita.³³ En todo caso, la mención a «duques y condes» no es otra cosa que recurso poético, hipérbole que pondera el desastre, de la misma forma que el segundo hemistiquio de ese mismo verso:

3 Murieron duques y condes, señores de gran valía (*Prim.* 96a)

y además:

6 murió gente de valía de la nobleza de España (*Prim.* 96b)

hemistiquio que también está en la tradición gomera, aunque confundido en sus términos en una variante de nuestro informante:

3 Murieron curas y condes en la ciudad de Valía

32 Menéndez Pidal, *Río Verde, Río Verde*, p. 162 y *El romance Río Verde*, p. 477.

33 Y justamente este verso pervive también en la tradición sefardí: «Cayeron duques y condes / señores d'un gran valido» (Monastir, Yugoslavia) y «Cayeron duques y condes / y yentes de gran valida» (Rodas).

Pero las especificaciones de ese desastre llegan en la tradición gomera a un punto más que las antiguas, al incluir en la nómina del descalabro al propio Saavedra, aunque sea sólo por mención indirecta:

4 murió aquél que va juyendo por un ramonal p'arriba.

Con ello, el oyente del romance sabe ya, desde el principio, que no habrá nadie que se salve del desastre, ni siquiera el capitán de los cristianos. Y perdido ya el suspense, la intriga del romance habrá de buscar otra fórmula que siga despertando el interés del público al relato. Porque el discurso actual nos adelanta la muerte del capitán, pero a la vez lo deja huyendo de la batalla: algo grande debe aguardar al oyente entre la huida y la muerte.

c) *Muerte de Ordiales*. Este tal Ordiales (o Urdiales) es también personaje histórico; futuro yerno de Saavedra, tuvo su nombre más fama en la historiografía inmediatamente posterior al suceso, que el del propio Saavedra, quizás porque Ordiales murió en la batalla y Saavedra salvó su vida. Por ello figura su nombre en las versiones antiguas del romance y desaparece en las modernas, cuando ya la memoria colectiva ha descontextualizado absolutamente el romance y el nombre de Ordiales no dice nada al cantor moderno; es más, su nombre representaría una traba sin función en el proceso simplificador de la tradicionalidad. A ninguno de nuestros informantes gomeros decía nada el nombre de Ordiales; ni lo habían oído nunca.

3 Mataron a Ordiales, Sayavedra huyendo iba (*Prim.* 96)

4 allí murió Urdiales, hombre de valor y estima (*Prim.* 96a)

8 el valeroso Urdiales con don Alonso acababa (*Prim.* 96b)

d) *Huida de Saavedra*. Todas las versiones se ponen de acuerdo en la huida de Saavedra una vez visto el descalabro de la batalla:

3 Mataron a Ordiales, Sayavedra huyendo iba (*Prim.* 96)

5 Huyendo va Sayavedra por una ladera arriba (*Prim.* 96a)

9 Por una ladera arriba el buen Sayavedra marcha (*Prim.* 96b)

4 Murió aquél que va juyendo por una ramonal p'arriba (Gomera)

En donde ya no hay unanimidad es en los episodios que siguen a esta huida: en las versiones de Pérez de Hita sigue luego la persecución del renegado, en la versión del *Canc. s.a.* hay escondite pero no persecución y en las versiones de La Gomera hay las dos cosas, persecución y escondite.

e) *Persecución del renegado*. Este episodio del renegado que dividimos en dos secuencias e) y f) constituye el clímax poético indudable de las versiones de las *Guerras civiles de Granada* y al que mayor número de versos se le dedica. Así dice:

5 Huyendo va Sayavedra por una ladera arriba;

6 tras dél iba un renegado que muy bien lo conocía.

7 Con algazara muy grande, desta manera decía:
 8 —Date, date, Sayavedra, que muy te conocía:
 9 bien te vide jugar cañas en la plaza de Sevilla,
 10 y bien conocí tus padres y a tu mujer doña Elvira.
 11 Siete años fue tu cautivo, y me diste mala vida;
 12 ahora lo serás mío, o me has de costar la vida.
 (Prim. 96a)

El episodio está también en la tradición de La Gomera, pero falta absolutamente en *Prim.* 96 (la versión 96b sigue punto por punto a 96a excepto en la rima, que como sabemos cambia a *áa* y en el estilo narrativo). Y no dudamos en decir que el episodio es tradicional, pues no de otra forma llegó a La Gomera, y que una vez más la tradición gomera se identifica en sus raíces con la de Pérez de Hita. Así dicen en La Gomera:

5 —Espérame, Sabedera, que yo bien te conocía;
 6 conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira,
 7 semos hermanos de leche que tu madre nos daría,
 8 comí contigo en la mesa de cinco veces arriba.—

Ambas versiones coinciden aquí en varias cosas: en la persecución que un moro hace al cristiano, en el conocimiento que ambos, perseguidor y perseguido, se tienen y en el nombre de Elvira³⁴ que en 96a se atribuye a la mujer de Saavedra y en La Gomera a su hermana (en 96b, por razones de rima, se la llama Clara). Pero hay también diferencias sutiles que ofrecen lecturas distintas de los textos. Los versos 7 y 8 de La Gomera, más que conocimiento entre cristiano y moro, lo que dicen es que había verdadera familiaridad. Los versos, por lo demás, son discurso formulaico que se repite en otros romances. Por ejemplo:

Se me ha ahogado un pajecillo de los míos más amado,
 conmigo come a la mesa, conmigo duerme a mi lado,
 somos hermanos de leche, una madre crió a entrambos.

(*Muerte del maestro de Santiago*. CGR, I, p. 194)

Y hasta es posible pensar que esa crianza como hermanos haya podido establecer una relación más que familiar entre el moro y la hermana de Saavedra. Entendemos aquí el verso gomero:

6 Conozco a tu padre y madre y a tu hermana doña Elvira

34 Sin embargo, según Menéndez Pidal, el nombre de Elvira no debe tener nada de histórico: «La mujer de Juan de Saavedra (...), se llamaba doña Juana de Avellaneda, dama de la infanta doña Catalina, hermana del señor rey don Juan el segundo» (Menéndez Pidal, *El romance Río Verde*, p. 477). Así que o bien el nombre de Elvira corresponde a una hermana de Saavedra, como dicen las versiones gomeras, o se trata simplemente, como es lo más probable, de un nombre ficticio atraído aquí por la rima del romance y su habitualidad en el romancero.

de forma distinta al de Pérez de Hita:

10 Y bien conocía a tus padres y a tu mujer doña Elvira.

El conocimiento «a tu mujer doña Elvira» es meramente denotativo; el de «a tu hermana doña Elvira» encubre una realidad amorosa, quizás una promesa de matrimonio. En todo caso, esa familiaridad del moro con la familia de Saavedra de los versos gomeros es recordada por el mismo moro de forma agradecida, como reconocimiento al buen trato recibido; por el contrario, en las versiones de Pérez de Hita ese recuerdo es amargo y pone bien de manifiesto el mal trato recibido, como cautivo, a través del hemistiquio «y me diste mala vida» del v. 11. Porque no cabe dudar que «renegado» aquí es peyorativo, en donde a razones de raza se unen también razones de fe. Aquí, el cantor del romance, y con él los cantores tradicionales, son cristianos y sus simpatías están enteramente con el cristiano Saavedra.³⁵ Pero la tradición gomera parece más congruente: es difícil explicar la doble condición de «cautivo» y «renegado» que le da, a la vez, *Prim. 96a*, porque si ha sido cautivo sería precisamente por moro y no por cristiano.

f) *Saavedra se enfrenta y mata al renegado*. La segunda secuencia del renegado (recordemos que falta por completo en *Prim. 96*) sigue teniendo en las versiones de Pérez de Hita el mismo tratamiento minucioso que la primera:

13 Sayavedra que lo oyera, como un león revolvió;
 14 tiróle el moro un cuadrillo, y por alto hizo vía.
 15 Sayavedra con su espada duramente lo hería:
 16 cayó muerto el renegado de aquella grande herida
 (*Prim. 96a*)

La otra versión de Pérez de Hita, *Prim. 96a*, repite punto por punto iguales circunstancias. Y lo mismo dice la versión de La Gomera: Saavedra se revuelve y se enfrenta al moro vencéndolo en combate singular: si en los textos antiguos con la espada, en el moderno con el puñal:

9 Sabedera de que vido que el moro le conocía
 10 arrimó espuela al caballo y a los pies del moro iba.
 11 Riñó el hombre con el moro y Sabedera vencía
 12 y le da dos puñaladas con un puñal que él tenía;

Pero es aquí cuando el texto gomero incorpora un nuevo motivo de fábula, fundamental para poder explicar la secuencia que seguirá: Saavedra se adueña del cuerpo muerto del moro y, como botín, se lo lleva con él. ¿Por qué y para qué?

13 va recogiendo la sangre en una tinaja antigua
 14 y desde que lo vido muerto en su caballo lo ensilla.

³⁵ No había llegado aún la época de los romances moriscos de fines del XVI en que las simpatías del juglar estaban con el moro vencido. Vid. Menéndez Pidal, *Rom. Hisp.*, II, p. 11.

g) *Escondite de Saavedra*. Es ahora cuando vuelve a hablar la versión del *Canc. s.a.* y enmudecen las de Pérez de Hita; y es ahora cuando la tradición gomera —nuevamente sintética— va a alcanzar el clímax poético en una altura verdaderamente épica. Frente a la escueta descripción de la redacción antigua:

- 4 Con el temor de los moros entre un jaral se metía,
 5 Tres días ha, con sus noches, que bocado no comía;
 6 aquejábale la sed y la hambre que tenía. (*Prim.* 96)

brillan esplendorosamente los versos de la tradición gomera:

- A las doce de la noche antes que viniera el día
 16 arrimó espuela al caballo que al par del viento corría,
 arrimó espuela al caballo y en el monte se metía.
 18 Sabedera se metió por un jayal que él sabía,
 que no le ven las estrellas ni los que van a Sevilla.
 20 El mira para el caballo los relinchos que tenía
 él mira para el caballo los temblores que le vía.

 22 Tres días van con sus noches que bocado no comía:³⁶
 haya verde echa al caballo que cebada no tenía,
 24 el caballo con la jambre hayas verdes le comía;
 él cuando le daba jambre carne del moro comía,
 26 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.

Pocas veces el romancero oral se ha servido de versos tan rotundos y estremecedores. Respecto a la tradición antigua, la misma secuencia de fábula, ¡pero qué diferencia poética! Los versos de La Gomera se explican sólo como continuación de la secuencia del renegado: ya no es sólo el escondite de Saavedra lo que importa en este punto al discurso del romance, le sobrepasa el discurso mismo de las circunstancias de ese escondite. Ciertamente los versos de la comida de Saavedra resultan espeluznantes, pero menos macabros al contrastar con los referidos a la comida de su caballo.

h) *Reaparición de Saavedra y cerco que le hacen los moros*. Aquí vuelven a juntarse todas las versiones. Sólo que en las de Pérez de Hita no hay reaparición del héroe, puesto que en ellas no ha habido desaparición ni escondite, sino simple continuación del episodio del renegado: una vez que ha dado muerte al moro perseguidor, le cercan los demás. En las otras dos versiones, en la del *Canc. s.a.* y en la de Gomera, sí existe verdadera reaparición:

- 7 Por buscar algún remedio al camino se salía (*Prim.* 96)
 27 Fuese un día a tomar agua a una fuente que él sabía (Gomera)

³⁶ Recordamos que este verso lo tomamos de *Prim.* 96 como apunte para nuestro informante, y fue clave para que recordara el pasaje entero.

En *Prim.* 96 se dice que lo llevan cautivo ante el rey de la morería, pero no se dice ni a qué lugar ni cómo; en Gomera se dice que a Sevilla y en barco. Ni la propia historia se pone de acuerdo en este punto. En la *Crónica del Halconero* se dice que «Juan de Sahavedra fue llevado preso a la cibdad de Granada»,³⁹ pero Pellicer de Osau y Tovar que escribió un *Memorial de la casa y servicios de don Joseph de Saavedra* (1647) y que, por lo tanto, debía conocer bien las aventuras y desventuras de nuestro personaje, dice que Saavedra fue llevado cautivo a Marbella.⁴⁰ Lo de Sevilla, pues, de Gomera más parece un lugar indeterminado que puede ser cualquiera; y más aún el hecho de que su traslado sea en barco: licencias de la oralidad.

j) *Diálogo de Saavedra y el rey moro*. Este está sólo en *Prim.* 96 y no hay ni el menor rastro en las demás versiones. El rey moro trata de que Saavedra reniegue de su fe a cambio de la libertad y grandes riquezas.

El hecho de que sea esta secuencia la más larga en discurso de todo el romance (de 36 versos totales 22 están dedicados a este diálogo), de que trate de asuntos de fe más que de asuntos guerreros (que eran los que predominaban hasta ahora) y de que falte absolutamente en las demás versiones conocidas, tanto antiguas como modernas, nos hace pensar en que esta versión representa una rama de la tradición bien distinta de la que llegó a Pérez de Hita y a Gomera. Esta suposición corroboraría las tan diferentes redacciones que tuvo el romance desde sus primeros tiempos de existencia. Estos son los versos del diálogo:

Desque el rey moro lo vido bien oiréis lo que decía:
 14 —¿Quién es ese caballero que ha escapado con la vida?
 —Sayavedra es, señor, Sayavedra el de Sevilla,
 16 el que mataba tus moros y tu gente destruía,
 el que hacía cabalgadas y se encerraba en su manida.
 18 Allí hablara el rey moro, bien oiréis lo que decía:
 —Dígame tú, Sayavedra, si Alá te alargue la vida,
 20 si en tu tierra me tuvieses, ¿qué honra tú me harías?
 Allí habló Sayavedra de esta suerte le decía:
 22 —Yo te lo diré, señor, nada no te mentiría:
 si cristiano te tornases, grande honra te haría;
 24 y si así no lo hicieses, muy bien te castigaría;
 la cabeza de los hombros luego te la cortarí.
 26 —Calles, calles, Sayavedra, cese tu malenconía;
 tórnate moro si quieres y verás qué te daría.
 28 Darte he villas y castillos, y joyas de gran valía.
 Gran pesar ha Sayavedra de esto que decir oía.
 30 Con una voz rigurosa de esta suerte respondía:
 —Muera, muera, Sayavedra; la fe no renegaría,
 32 que mientras vida tuviere, la fe yo defendería.
 Allí hablara el rey moro, y de esta suerte decía:
 34 —Prendeldo, mis caballeros, y dél me haced justicia.
 (*Prim.* 96)

39 *Ibidem*, p. 470.

40 *Ibidem*, p. 475.

k) *Saavedra se defiende de sus cautivadores*. Resulta así que en *Prim.* 96 es el rey moro quien dicta la sentencia de muerte de Saavedra, pero sólo a causa de su negativa a renegar de su fe. Muy distinta es la causa en las otras versiones: Saavedra muere por el puro hecho de las armas, por ser el último de los enemigos que queda con vida, para que el descalabro de los cristianos sea completo. Pero, con todo, y aunque las circunstancias sean distintas para cada versión, todas se ponen de acuerdo (*Prim.* 96a y 96b sólo de manera implícita) en señalar cómo Saavedra aun solo y frente a enemigo tan numeroso se defiende y se resiste al cautiverio. El que Saavedra no se resigna a su fatal destino y se defiende como un héroe es lo que se dice escuetamente en la versión más antigua.

35 Echó mano a la su espada, de todos se defendía (*Prim.* 96)

Pero una vez más la tradición moderna supera con mucho en poeticidad y riqueza de detalles a la antigua. De nuevo vuelven en la tradición gomera los versos de tono épico que nos hablan más que de los hechos de un valiente de las hazañas de un héroe:

30 De allí pegan a reñir, cosa fuerte y cosa viva;
 31 a veinticinco degüella, la sangre por las rodillas,
 32 la sangre por las rodillas las heridas divertían,
 33 y demuestra Sabedera su fuerza y su valentía.
 34 Si no es un morillo viejo que se le arrimó a una esquina,
 35 le disparó la pistola que en el suelo lo tendía.

(Gomera)

La conjunción condicional con que empieza el v. 34 da pie a pensar que el romance gomero contempla el hecho de que Saavedra hubiese acabado con todos sus enemigos de no haber mediado la acción cobarde del «morillo viejo» que lo mata por la espalda, desde la esquina. Justamente así entendía Alonso Medina, nuestro informante, el romance.

1) *Muerte de Saavedra*. El romance acaba con la muerte de su protagonista. Así se consuma el principio de que los romances fronterizos narran más y mejor la derrota que la victoria, de que es precisamente en la derrota en donde el noticierismo que supone este tipo de romances va a tener mayor eco en una sociedad ansiosa por conocer los avatares de una guerra que nunca acababa. Pero aunque este fuera el final que interesara al relato romancístico no es el que se corresponde con la historia. Juan de Saavedra, según nos cuentan las crónicas de la época, no murió en la batalla: llevado cautivo fue luego liberado teniendo que pagar por su rescate un crecido dinero,⁴¹ y unos años más tarde, en 1456, vuelve a reconquistar la fortaleza de Jimena, de la que era alcaide, puesto que había caído en el poder de los moros durante su cautiverio.⁴²

41 Pellicer sigue diciendo que con el rescate de Saavedra los moros labraron una rica torre en Castelar y que después de ganada la plaza por los Reyes Católicos pusieron en ella sus armas y se siguió llamando torre de Saavedra. *Ibidem*, p. 475.

42 *Ibidem*, p. 474.

Pero interesa mucho el comportamiento narratológico del romance en este punto. El que Saavedra muera no es ninguna novedad para el cantor gomero, pues ya se había adelantado en el v. 4:

Murió aquél que va juyendo por un ramonal pa'riba

pero sí era desenlace ignorado y contradictorio para quien conociera la historia. Las versiones antiguas dicen:

36 Mas como era uno solo, allí hizo fin su vida. (*Prim.* 96)

18 Hiciéronle mil pedazos con saña que dél tenían. (*Prim.* 96a)

24 Y al cabo quedó allí muerto de una muy mala lanzada. (*Prim.* 96b)

La versión gomera dice más:

35 Le disparó la pistola que en el suelo lo tendía.
36 Allí murió Sabedera y allí acabó con su vida,
37 allí murió Sabedera, la flor de caballería.
(Gomera)

Lo de «le disparó la pistola» es uno de esos absurdos a que la transmisión oral llega cuando el pueblo desconoce las circunstancias temporales e históricas que se reproducen en el contexto del relato ⁴³ pero que, a la vez, significan una adaptación a los usos y cultura propios de la época en la que el transmisor vive. Por lo demás, no es extraño, en absoluto, este tipo de sustituciones léxicas (aquí «lanza» o «espada» por «pistola») cuando se trata de romances viejos de tipo bélico conservados en la tradición moderna. Por ejemplo:

Caminaba Montesinos por una verde montaña
con *el fusilín* al hombro como aquél que va de caza.
(*Durandarte envía su corazón a Belerma.* CGR, I, p. 41)

6. LA TRADICIÓN MODERNA SUPERADORA DE LA TRADICIÓN ANTIGUA

Es cierto —y se ha dicho muchas veces— que la tradición romancística moderna vive por lo general a retazos, en la más extremada marginalidad, en versiones fragmentarias, en un repertorio pobre y cada vez más reducido, en franca agonía. Pero también es cierto que la tradición moderna puede ofrecernos hoy versiones de romances mucho más perfectas que las recogidas en los siglos XVI o XVII, la época áurea del romancero impreso. La calidad estética de un poema tradicional se ad-

⁴³ Vid. A. Sánchez Romeralo, «Razón y sinrazón de la creación tradicional», en *El Romancero hoy: Poética*, Madrid, Seminario M.P., Ed. Gredos, 1977.

quiere en el curso de su transmisión por obra de ese pueblo anónimo y legión que recibe el romance de una generación anterior y se lo entrega a la siguiente con la impronta de su recreación personal. Y esto es lo que pasa en nuestra versión del romance *Río Verde*: después de cuatrocientos años de silencio aparece en la isla de La Gomera un texto romancístico que supera en todo a los dos textos impresos en el siglo XVI, cuando éstos estaban mucho más cercanos al acontecimiento histórico noticiado en el romance. La doble tensión a que está sometido, simultáneamente, todo romance tradicional, la conservación y la renovación, es decir, la sujeción a unos modelos heredados del pasado y la variabilidad incesante mediante iniciativas personales, han logrado crear en el romance de *Sayavedra*, en las versiones de La Gomera, una altura poética que faltaba en las versiones antiguas.

Diego Catalán estableció un concepto fundamental en el estudio del romancero tradicional, la noción de apertura,⁴⁴ es decir, la forma natural del romancero oral como una estructura abierta que se conserva transformándose, adaptándose al ambiente en que se reproduce. Así, un romance vive en la tradición hasta que es capaz de renovarse y adaptarse a las nuevas mentalidades, y muere el día que pierde su apertura, es decir, el día que pierde la libertad de generar individualidades nuevas. Desde el punto de vista narrativo el romance *Río Verde* de La Gomera, es un poema nuevo, absolutamente distinto de las versiones antiguas. Lo es, sin duda, en la sucesión de secuencias de fábula; lo es también (¡y de qué forma tan superadora!) a nivel de discurso poético; pero lo es sobre todo a nivel de intriga, es decir, a nivel de la estructuración artística de la fábula del romance. Entre otras cosas porque la versión de La Gomera, en contra de las demás versiones, es la única que adelanta la muerte del protagonista desde la primera secuencia: el desastre que la batalla supone para el bando cristiano es tal que morirán todos, hasta el capitán:

Sobre ti, Peña Mermeja, murió gran caballería,
 2 murieron curas y condes y mucha gente moría,
 murieron curas y condes en la ciudad de Valía,
 4 murió aquél que va juyendo por un ramonal pa'rriba.

No cabe la menor duda que el romance gomero es fruto de la tradición, de una recreación colectiva que después de 500 años ha llegado a su último transmisor, Alonso Medina Medina, en un estado poético extraordinario que habla bien a las claras de la capacidad creadora de ese pueblo Legión. Un pueblo que incluso en el aspecto más superficial, si se quiere, del romance, ha logrado duplicar la extensión discursiva de las redacciones antiguas: *Prim.* 96a tiene 18 versos, *Prim.* 96b —aun contando con la mano culta y particular que recreó el texto tradicional, como casi siempre glosándolo y haciéndolo romancísticamente «flojo»— 25 versos y *Prim.* 96, 36 versos, pero eso contando con que uno solo de sus episodios, el del diálogo entre el rey moro y Saavedra, ocupa 22 versos, con lo cual el texto que reproduce las acciones comunes al resto de las demás versiones se reduce a 15 versos

44 D. Catalán, «Los modos de producción y reproducción del texto literario y la noción de apertura», en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (1978), pp. 245-270.

en *Prim.* 96. Por contra, el gomerero tiene 37 versos. Un pueblo que es capaz de crear (porque no existen en las versiones antiguas) versos tan estremecedores como estos:

23 Haya(s) verde(s) echa al caballo, que cebada no tenía,
24 el caballo con la jambre hayas verdes le comía;
25 él cuando le daba jambre carne del moro comía,
26 y cuando le daba sed sangre del moro bebía.

o que, modificando el orden natural del relato, es capaz de recrear la estructura artística de todo el romance.